

“EN TORNO A «EL AMOR A NUESTROS SEMEJANTES»” (1)

Cuando el pasado día treinta concluyó mi exposición en Maranatha sobre el tema entrecomillado del título no recuperé mi asiento colmado de satisfacción ni mucho menos. Es cierto que algún hermano se me acercó propalando las consabidas frases prefabricadas para estas ocasiones “¡Habrás descansado!; ¡Por fin te sentirás tranquilo de nuevo!”. La verdad es que no. La verdad es que al terminar mi intervención un solo sentimiento de vacío me dominaba sobre cualquier otra sensación. ¿Para qué tanto esfuerzo, tantas notas, tantas oraciones propias y ajenas si en ningún momento conseguí que mi discurso, mi dicción, dominara el fondo de cuanto hubiera deseado analizar?

En esos momentos de frustración, de desencanto, de seguridad absoluta de no haber llegado al corazón de quienes conmigo allí estaban, mi evocación predominante era similar a lo que se palpa en un desierto, en un lugar deshabitado.

Llevo pensando en ello casi una semana y encuentro como posible causa una oración – la mía claro está – desorientada. Una oración en busca de quedar humanamente bien más que de penetrar a mis hermanos con las ideas del Señor sobre “el amor entre nuestros semejantes”. Debe ser así. Si no lo fuera carezco de otras señales orientativas de la verdadera causa de mi desazón aunque una buena amiga entiende que quizás, el estar muy pendiente de las notas tomadas éstas me han quitado espontaneidad y añadido desconcierto. Puede ser. Es cierto que durante la

(1) Título de mi intervención del pasado día 30 de diciembre en Maranatha colgado de su Web donde también lo será este escrito complementario.

exposición estuve demasiado ceñido a la estructura previamente construída pues aún cuando lo fuera con la inspiración del Espíritu sin duda ello me quitó espontaneidad y me quitó, sobre todo, entrega total a la voluntad momentánea del propio Espíritu. También los inevitables nervios consubstanciales a una charla sobre cosas del Señor.

Siempre supe, desde que recibí el encargo de discernimiento, de las dificultades de la “supuesta enseñanza” acrecentados al conocer el texto básico del día señalado para mi exposición. Nada más y nada menos que la Primera Epístola del Apóstol San Juan conocida como la Carta Magna del amor humano. El Señor me ha dado tanto dentro de la Renovación que no podía escabullirme. Me ha dado entre otras muchas cosas seguridad plena de que hay vida eterna; seguridad asimismo plena de que mi madre la está viviendo con el conocimiento y la alegría experimentada en la Casa del Padre de mi pertenencia a la Renovación Carismática. Todo ello comunicado a través de una interlocutora seria, honesta, fiable y convertida durante una semana de oración en Santiago de Compostela. ¿Cabe algún don mayor?

Pues bien si difícil es abordar el tema del amor al prójimo aún lo es más el del amor al enemigo ⁽²⁾. Era preciso encontrar algún ejemplo, algún ejemplo realmente vivido. Lo tenía. Me había ocurrido a mis diecisiete años. El Señor tuvo a bien recordármelo sesenta años después con pelos y señales. Es la historia de alguien a quien traté como enemigo y él me devolvió bien por mal.

(2) Mt 5, 44; Luc 6, 27-35.

Ocurrió en el Colegio del Pilar (Marianistas) de Madrid. La historia merece la pena contarse otra vez despaciosamente. Estábamos en el último curso (7º entonces) de bachillerato. El titular responsable de nuestra clase (7º C) un religioso marianista, D. Jacinto, era también nuestro profesor de física y matemáticas pues entonces no había opción entre ciencias y letras. Pues bien, el bueno de D. Jacinto aparentaba una insubstancialidad total de la que nosotros, acostumbrados a disciplinas férreas, abusábamos sin tasa como buenos gamberros que aún éramos.

El curso iba avanzando y nuestro miedo a la reválida, con exámenes por primera vez en la Universidad, incrementándose. Como mayor de diez hermanos, era el primero que afrontaba en la familia esa prueba de hombres. Todos en casa estaban pendientes de mí.

Primero teníamos que salvar un examen escrito consistente en una redacción cuyo tema sería de libre elección para el Tribunal. Nada que temer en este punto. Tampoco en cuanto a la traducción del latín. Su estudio lo habíamos iniciado seis años antes y sabíamos del privilegio que gozaba Julio César para los examinadores.

El verdadero obstáculo estaba en los dos problemas de matemáticas y/o de física. Joaquín Garrigues ⁽³⁾ y yo no sabíamos resolver ninguno de los problemas que estaban planteando en Reválida durante los últimos años. Nuestra salvación sólo

(3) Luego Ministro de Obras Públicas con Adolfo Suárez.

podría venir por vía de D. Jacinto pero ninguno de los dos – y con razón – gozábamos de sus simpatías.

Era preciso resolver al menos, uno de los dos problemas. Otra cosa implicaba un cero en ciencias lo que conllevaba la descalificación total con la consiguiente repetición del examen en el mes de septiembre.

Estábamos concluyendo el invierno cuando en el Colegio nos propusieron una excursión de varios días a Zaragoza donde se celebraba algún aniversario de la orden marianista ⁽⁴⁾. Al frente de esta expedición y como responsable de nuestro cuidado y vigilancia figuraba el inefable D. Jacinto.

Fue durante nuestra primera travesía por el Paseo de la Independencia cuando reparamos en la proyección de una famosa película aún no estrenada en Madrid. Nada menos que “El tercer hombre” de Carol Reed con la interpretación de Orson Wells y la música a la cítara de Anton Karass, sobre la Viena de la ocupación. Una sola mirada nos bastó para confabularnos. Veríamos la película y la veríamos al margen de D. Jacinto.

Mientras cavilábamos sobre el modo de conseguir nuestro propósito proseguíamos con nuestro incesante callejeo a la vera de D. Jacinto: del hotel al Pilar procurando merodear por El Tubo. Algún partido de fútbol en Torrero y mucho

(4) El hoy beato Guillermo José Chaminade huyó de la Revolución Francesa a Zaragoza donde la Virgen del Pilar le inspiró la idea fundacional de los Marianistas.

rezo en la Basílica casi siempre de rodillas.

El plan trazado consistía en colocarnos cerca de las puertas arrastrándonos cuanto fuese preciso. Tan pronto como el más próximo a la salida iniciase la fuga, el resto de los conjurados le seguiríamos a toda pastilla hasta el “Café Ambos Mundos” inmediato al Cine del “Tercer Hombre”. Así lo hicimos sin regresar al hotel hasta la hora de cenar.

Entre tanto plenos de satisfacción por la trastada ninguno de los pirados reparó en la angustia de D. Jacinto por la desaparición de seis o siete miembros de su rebaño. ¡Qué lejos estábamos entonces del don de piedad y del amor al prójimo!

De regreso todo el tiempo caras largas por nuestra parte. Don Jacinto seguía con su aparente indolencia sin decir una palabra sobre lo acontecido.

Una vez en el colegio Joaquín y yo fuimos citados para comparecer durante la tarde del primer día festivo ⁽⁵⁾. Creíamos que allí comenzaría nuestro castigo. Pero no fue así. Quién nos recibió fue un D. Jacinto más amable y expresivo que de costumbre explicándonos que la reválida estaba próxima y que una caída en matemáticas o física nos estropearía todo el bachillerato. Añadió que él estaba dispuesto a reunirse con nosotros todos los domingos por la tarde hasta el día del

(5) Entonces teníamos libre los jueves por la tarde y, por supuesto, los domingos todo el día. A efectos de sanciones sólo era hábil el domingo por la tarde por que el jueves y el domingo por la mañana estaban dedicados al fútbol que, en El Pilar era un deporte sagrado.

examen. Durante ese tiempo trataría de capacitarnos para el mayor número de problemas posible. Comenzamos esa misma tarde con tristeza pero con resignación. No podíamos negarnos pues, las tardes de los domingos eran la única vacación de D. Jacinto y él se sacrificaba para que nosotros pudiésemos sacar adelante la reválida. Fue una carrera contra el tiempo pues apenas contábamos con diez tardes de domingo. Teníamos que trabajar con máxima atención y a uña de caballo. No recuerdo cuál fue la solución de Joaquín. Sí la mía. La bendita trigonometría que D. Jacinto me enseñó tan bien que llegó a gustarme con la suerte de que uno de los problemas correspondientes a mi examen fue de trigonometría. Lo solventé bien y aún cuando el otro lo dejé en blanco obtuve un 5 en ciencias y un notable en total. Creo que los dos teníamos vergüenza de nuestro comportamiento y nunca hablamos con D. Jacinto hasta que pasados muchos años me lo encontré en un almuerzo de antiguos alumnos – Joaquín ya había muerto – y pude darle un gran abrazo y expresarle mi profundo agradecimiento por algo que me venía pesando desde el día del examen.

Hoy al transcribir estos recuerdos puedo comprender plenamente las palabras elegidas por Edith Stein en su toma de hábito para transformarse en Sor Benedetta Teresa de la Cruz: “mi único cometido en adelante es solamente amar”.

Gloria al Señor.

Madrid, 5 de enero de 2011

Fernando Escardó